**Presentación de TUCUMANTES de Sibila Camps- 18/08/2019**

Agradecimientos: Sibila, Liliana Giannatasio por la generosidad de haberme invitado a estar aquí adelante.

*Tucumantes. Relatos para vencer al silencio*, es un libro necesario. Necesario para nuestro contexto y necesario para esa provincia, para esa parte de la geografía represiva tan devastada, con tantas experiencias traumáticas. No es casual que forme parte del catálogo de Marea Editorial y de la colección *Historia Urgente*, hasta ahora y donde sé, quiénes han puesto interés en publicar libros vinculados a rescatar distintos trazos de la memoria reciente, tan necesaria: trayectorias y biografías de Madres, de Abuelas, de hijos, hijas, nietos, nietas. En este sentido, destaco dos libros de reciente aparición: *Escritos Desobedientes* (el libro con testimonios de hijos, hijas y familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia) y *Tucumantes*, que es el que aquí presentamos. En ambos hay una intencionalidad manifiesta de rescatar una memoria necesaria que las distintas experiencias traumáticas parecían haberlas confinado a la represión -valga el término- más absoluta.

Se trata de un libro que en mi lectura comparte equilibradamente su carácter de apasionante por un lado, así como inquietante y por momentos perturbador o angustiante, por otro. Como el mismo subtítulo dice, *Tucumantes* es un conjunto hilvanado de relatos, muy bien escritos que sólo son posibles por la sensibilidad que posee la autora, el trabajo etnográfico y las pericias casi psicoanalíticas con la que desentraña cada historia. Todos los sentidos puestos en este trabajo que le llevó más de seis años. En cada descripción que hace de estas historias con personas reales, interlocutores atravesados por el dolor, el miedo, los efectos de la lógica genocida, quedan evidenciadas en las palabras que escuchó, los gestos que vio, las repeticiones que de ellas memorizó, los silencios que no dejó pasar.

Juan Carlos el “Perro” Clemente fue un oficial montonero secuestrado en 1976 por una de las patotas del Tuerto Albornoz (uno de los genocidas de esa provincia, el Etchecolatz local multicondenado y que falleció hace tres días). Durante su cautiverio, Clemente recorrió varios CCDyE, donde torturado y estuvo bajó la lógica concentracionaria del Terrorismo de Estado. Hasta aquí, podríamos decir que se trata de una historia más de las miles que conocemos o podríamos recoger a lo largo y ancho de la geografía de nuestro país. Sin embargo, Sibila toma el caso de Clemente como una historia que dispara muchas otras historias. Si bien el libro contiene 29 relatos de los cuáles muchos son independientes, en su mayoría están articulados por esta historia y en ella, por los efectos aun persistentes que ha dejado el terrorismo de Estado en esa provincia.

En estas líneas quiero centrarme en la historia que abre Clemente para no extenderme, en todo caso Sibila puede ampliar otros relatos. Y tomo una definición que hace Sibila y que creo resume muy bien esta trama: el Perro Clemente “hizo algo extraordinario, aunque de ninguna manera fue una persona extraordinaria”. Varios capítulos y varias partes de capítulos están dedicadas a Clemente. Es quien de alguna manera abre un abanico de historias que dejó el Terrorismo de Estado en esa provincia y que le permiten a la autora recorrerlas, hacerlas visibles y lo que es más interesante aún, mostrar la pervivencia de esas marcas, de esas cicatrices que aún no están cerradas.

Ahondando más en la historia de este personaje, encontramos que Clemente se quebró en algunas sesiones de tortura al punto que terminó marcando a compañeros y compañeras de la organización. En algún momento de ese cautiverio, fue obligado por los mismos militares y la policía a incorporarse a las fuerzas policiales, es decir, pasó de ser un detenido a ser un policía. Y se desempeñó hasta 1984 -cuando según él pudo renunciar- nada más y nada menos que en el Servicio de Informaciones, con la excusa de que era una persona instruida (tenía hasta ese momento el 5° año de una carrera universitaria, medicina). A él le dieron la función de escribir, ordenar y archivar papeles. Esto le valió el mote de “colaborador”, “traidor” y “policía infiltrado en la organización” por parte de la mayoría de sus ex compañeras y compañeros de militancia, así como de los Organismos de Derechos Humanos de la Provincia.

En 1977 le dieron la libertad vigilada coincidiendo con el momento en que empezaron a desmantelar el Centro Clandestino. Su cautiverio pasó a ser con “cama afuera”. Iba a la Jefatura a las 8 de la mañana, retornaba a su casa a las 13 y volvía a la Jefatura a las 16 hasta las 20/21. Es en este primer período tiempo que Clemente comienza a llevarse papeles a su casa. Se llevó documentación muy importante: más de 200 fojas con sellos, membretes, firmas, donde hay listados de personas que habían pasado por ese centro clandestino, en su mayoría con las iniciales DF, es decir disposición final, la ejecución. Esos papeles permanecieron desde ese momento y hasta el 2010 bajo el más absoluto sigilo en una especie de embute construido por el mismo Clemente debajo de la que fue por muchos años su cama. Recién en esa fecha se animó a entregarla cuando se hizo el primer megajuicio por delitos de lesa humanidad en Tucumán (Jefatura de policía). Se trató de la primera documentación de este tipo no sólo en un juicio de Tucumán, sino en todo el país. Y por supuesto que resultó un material que fundamental que terminó consolidando la incriminación de los genocidas. Repito: Clemente “hizo algo extraordinario, aunque de ninguna manera fue una persona extraordinaria”.

Y aquí me planto, para enunciar una de las preguntas centrales que se hizo la autora y que terminaron siendo el eje de este libro: ¿Cómo hizo esta persona para permanecer 33 años con ese secreto, para dormir por más de tres décadas sobre esos cadáveres? Sibila va desplegando distintos relatos para explicar esto. Se nota que conoce muy bien Tucumán (dos de sus otros libros de hecho, están dedicados a esa provincia). Y no sólo conoce su geografía, sino también su biografía o sus distintas biografías.

Aquí el eje articulador es el Terrorismo de Estado, en una provincia donde no hubo golpe de Estado si tenemos en cuenta que el Operativo Independencia que se inicia en febrero de 1975 fue el ensayo, la prueba piloto de la trama genocida que se extendería a todo el país a partir de marzo de 1976. Y Tucumán, una de las provincias más pequeñas de nuestro país, posee la triste cifra de cerca de 800 casos de asesinatos y desapariciones o ejecuciones sumarias, de los cuáles cerca de 730 personas están desaparecidas, es decir un número altísima. Los relatos de Sibila dejan la prueba perturbadora de que en Tucumán no hubo clandestinidad, todo fue a la vista: las detenciones, las torturas, el terror y la sangre que corrió. Todos sabían y por ese terror infundido es que todos callaron, es que aún hoy, la mayoría opta por el silencio. Como señala la autora, se trató de conservar esos secretos, eso que se había visto, eso que se sabía, eso que se arrebató, conservarlo en silencio para salvar, para salvarse.

Hay otro personaje, que aparece reiteradamente en las historias del libro y que guarda relación con el Perro Clemente, porque es de los pocos amigos que aún conserva y con quién mantiene conversaciones hasta la actualidad. Permítanme la digresión, pero quisiera también decir dos palabras sobre esto. Se trata de Juan Martín Martín, otro sobreviviente que comparte casi las mismas características que el Perro Clemente: ex miembro de la JP-Montoneros de Tucumán, compañero y amigo de Clemente, detenido-desaparecido que transitó varios CCDyE y compartió cautiverio con Clemente, fue también incorporado a la fuerza a la policía y también acusado por víctimas, familiares y organismos de traidor y haber marcado a otras compañeras y compañeros. Sólo que Martín logró negociar el pasaporte y la posibilidad de salir del país en 1978. Y a diferencia de Clemente, en 1981 radicó denuncias contra los militares en España.

Me detengo en la historia de Juan Martín porque también nosotros nos topamos con su historia cuando hicimos la investigación sobre el vínculo de la Iglesia con el terrorismo de Estado a partir de los diarios de Bonamín. Éste refiere en ellos su paso por Tucumán en octubre de 1976 y la prensa, La Gaceta, lo confirma. Bonamín registró sus visitas y actos oficiales junto al genocida Bussi, aunque no describió con muchos detalles ese recorrido, sino que anotó lo siguiente: “a las 10 nos vienen a buscar para una visita en la zona de operaciones. Nos acompaña a los directores salesianos y a mí el propio Gral. Bussi en Helicóptero”. Pero claramente omitió detalles de ese recorrido por razones obvias y es que allí recorrieron los campamentos militares, pero también los ingenios que sirvieron como centros de detención clandestinos.

En la denuncia que Martín radicó en Madrid y luego ratificó ante la CONADEP y luego publicó Mignone en su libro *Iglesia y dictadura* (1986, pp. 85-88), dijo que en octubre de 1976 fue “llevado desde el centro de detención al helipuerto y colocado en una fila en el momento que desembarcaron varios prelados. Uno de ellos -que él creyó y denunció como el nuncio Pío Laghi- se le acercó. Pudo entonces transmitirle una breve súplica en voz baja. Le pidió que buscara a su familia para informárselo”. Martín, registró la situación: un conjunto de religiosos (los padres salesianos que acompañaron a Bonamin) y uno que sobresalía del resto por su vestimenta y sombrero “de tipo romano” a quién fue llevado para hablarle, que no era sino el mismo Bonamín. Tomándonos de esa versión, vemos que Bonamín nada hizo al respecto, sino que además tergiversó los hechos. En una entrevista realizada en el año 1989 por José Pablo Martín (que nada tiene que ver con Juan Martín) dice Bonamín explayándose sobre Bussi y las denuncias al terrorismo de Estado: “con el Gral. Bussi recorrimos los campamentos. En esa oportunidad me presentaron un preso, era un muchacho petiso y barbudo. Me dice Bussi, háblele Monseñor, interróguele lo que Ud. quiera. Yo le hablé a este muchacho, que se comportó correctamente y que me dijo que lo trataban bien” (*Profeta del genocidio*, p. 134).

Leyendo el libro de Sibila, confirmamos lo que supimos en el transcurso de nuestra investigación y ampliamos los datos. Y al igual que ella, nunca pudimos comunicarnos con Juan Martín Martín. Intentamos a través de personas allegadas, yo llegué a escribirle correos electrónicos y siempre de manera infructuosa. Nosotros nos preguntábamos cómo podía ser, que una de las pocas personas que había denunciado la presencia de un jerarca católico en un CCD no quisiera volver a relatar ese suceso para corroborar y confirmar una denuncia de ese tipo y sobre la persona con quién había mantenido el diálogo. Frente a esto, cabe volver a la pregunta fastidiosa ¿Por qué Juan Martín Martín y no otro u otra detenida? Para finalizar con esto, el libro de Sibila sugiere muchas preguntas al respecto y sobre todo elabora sólidas respuestas.

Para finalizar, el recorrido del libro desentraña otra pregunta clave ¿cómo fue posible que la provincia más devastada por el Terrorismo de Estado, no pudo vencer el relato oficial a lo largo de estas décadas? En esta Provincia hay múltiples historias con intensas experiencias traumáticas de las que la gente no habla, no quiere hablar, hace esfuerzos por callar, porque las mismas llegan hasta la actualidad. Hay un dolor silenciado, que a partir de los relatos que nos presenta Sibila casi hacen pensar que la dictadura terminó ayer.

Por eso es que este libro se convierte en necesario: porque frente al horror y la búsqueda de justicia, la autora también nos muestra las distintas redes de solidaridad que fueron tejiéndose en este tiempo. Redes que buscan, como señala Sibila, romper ese silencio, enterrarlo de una vez por todas. Cuando no se conoce la verdad, el pasado queda estancado. Y allí la autora es incisiva con su pluma: hay que hacerla salir, la verdad tiene que irrumpir. Cierro con las palabras finales del libro para darle la voz a la autora ( pp. 218-219).